

Alberto Olmos

Irene y el aire



Este libro es el relato de una promesa: que vas a ser padre. La historia de la Humanidad avala el cumplimiento de lo prometido, y un embarazo es indistinguible de otro embarazo. Pero cada nacimiento es una epopeya, a veces dramática, casi siempre feliz, llena de inquietud, humor, significaciones sociales y miedo, mucho miedo. Un largo camino extraordinario hasta que el niño «toca el aire».

Con una honestidad minuciosa y bellísima, Alberto Olmos ha escrito una novela sobre el embarazo desde el punto de vista más modesto: el de un hombre que trata de no molestar demasiado. Una carrera de obstáculos repleta de clases preparatorias al parto, términos inverosímiles, pánicos primigenios y visitas obligadas a IKEA.

Irene y el aire supone la vuelta a la novela de Olmos tras varios años dedicado a tiempo completo al columnismo y a la crianza de sus dos hijos. Como escribe en estas páginas, «nacer quizá sea la única historia que merece la pena contarse»; él convierte ese relato en una tragicomedia genial.

Índice de contenido

Cubierta

Irene y el aire

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Segunda parte. El cuaderno

10

5:53 A. M. - Sangre

Taxi 1

Taxi 2

«Yo creo que la cosa sí que es ir deprisa»

¿20 Min?

Urgencias Maternidad

Crema fría

Latidos

Sala de dilatación número 5

Guapa

Llamada

Armarios abiertos

Ingrid y un colgante horrible

[Tres soledades]

«Mi hija se va a llamar como tú»

Cagar

Ceros

«Los niños no hacen plof»

Completa

«Jo, qué parto»

Epílogo

Sobre el autor

*A mi hermano Héctor,
in memoriam*

... ten, está lleno de salud y de aire.

MERCÈ RODOREDA

PRIMERA PARTE

1

Una semana antes fuimos a una fiesta. Era ya una fiesta de ir para nada, para cumplir, para despedirse de todas las fiestas. Nuestra amiga inauguraba casa, un piso inasequible en la plaza de Comendadoras. Eugenia le preguntó el precio nada más verlo. El precio era más grande que la casa.

Llegamos de los primeros, pues cuando uno sabe que su presencia en una celebración no va a durar, cumple protocolos inconscientes: llegar pronto para irse pronto, llevar algo que dure allí más que uno, que sea huella de su paso; avisar enseguida de que se irá, marcharse finalmente sin darse demasiada importancia, como quien sale a hacer un recado.

La fiesta congregaba profesores, escritores, poco más. En la parte derecha del salón, los profesores hacían corrillos y movían mucho las manos, se les notaba el vicio adquirido tras varios años de pupitres y pizarras; en la parte izquierda, los escritores también formaban corrillos, pero resultaban más inmóviles y decorativos. Era junto a la ventana, abierta a pesar de febrero para llenar la plaza de humo y elogios (qué vista, qué es aquello, qué bonito, Madrid), donde miembros de ambos grupos se mezclaban y conocían, se ofrecían de fumar.

Una fiesta en casa es siempre una fiesta contra uno mismo. Nadie se lo pasa peor en una fiesta en casa que el dueño de la casa. Hay que estar con todos, atender aquí y allá, buscar el equilibrio de la cortesía, un imposible. La dueña de la casa se había maquillado para estar sola, pues de tanto hacer compañía pasajera lo único permanente era

su soledad, el laberinto de soledad que recorría en su propia fiesta. La vivienda disponía de cocina abierta, dormitorio y de una pequeña habitación para invitados. No era una casa en la que algún día fuera a vivir una familia.

Las conversaciones las iniciaba Eugenia, al moverse. Bastaba su barriga para despertar locuacidades, normalmente muy empáticas. Una embarazada es, pongamos, el reverso de una detonación. Todo el mundo anhela esa detonación, esa vida, aunque le tenga un enervante respeto. No tocar, no tropezar, no interrumpir el paso, casi ni mirar puede uno el vientre de una embarazada, a sabiendas del futuro que se cincela sin pausa en los talleres de la carne, lento, expansivo. Qué hay ahí, nos preguntamos, incluso enterados perfectamente del feto que se forma, se nutre, se mueve a veces detrás de la tibia ondulación. Imantados, queremos estar cerca de la embarazada, pero no demasiado cerca. Intuimos lo sagrado en su sigilo, el riesgo fatal que enfrenta a todas horas, como esas láminas de vidrio que a veces vemos llevar por la calle, a dos cristaleros, y que siempre parece que van a romperse. Creemos que con solo mirarlas las ponemos en peligro.

Dentro del vientre grávido va la vida, y eso es todo, en realidad. Qué ridícula la copa en la mano frente a una mujer con otra mujer dentro, con un hombre, diminutos y posibles. Un cuerpo copiándose a sí mismo mientras los demás cuerpos hacen, en cualquier caso, nada. Tomar copas, buscar un romance, fumar, consultar en el móvil los rastros del romance que ya fue; observar a la embarazada y pensar si acabarán así, ellas, si hay que acabar así, si esa duplicación automática es todo lo que la vida puede ofrecerles, fuera de la fiesta.

—¿Puedo tocarla?

Eva preguntó si podía tocarla, pero no a la niña, pues quizá ni sabía que era una niña lo que llevaba Eugenia (como dicen en inglés: «llevar», *what are you carrying?*, la maternidad como responsabilidad meramente ambulatoria, de

mensajera o transportista, pero una transportista que fabrica su propio envío en el tiempo que tarda en entregarlo, de modo que únicamente hay envío si finalmente se entrega, como si solo fuera flecha aquella que da en el blanco, y no la que cae antes o pierde la diana o se posa a los pies del arquero). La barriga, eso quería decir Eva. ¿Puedo tocar tu barriga?

Eva tenía seis o siete años menos que Eugenia y, aunque siempre tendrá seis o siete años menos que ella, las ventajas temporales se vuelven confusas en la maternidad, pues aquí se impone el cubismo de la concepción, una medida que no viene del nacimiento ni acaba en la muerte, sino que gira en torno a la edad a partir de la cual ya no va a ser tan fácil quedarse embarazada. De modo que Eugenia, embarazada, era ya por siempre joven —suponiendo que todo acabara saliendo bien, y, a fin de cuentas, por qué no iba todo a acabar bien—, mientras que Eva, realmente más joven, pero sin embarazo presente o futuro (según ella misma observaba), era, en este contexto, todavía vieja, es decir, alguien a quien el paso del tiempo preocupa, no le deja dormir, le obsesiona o le persigue, *le juega en contra*, porque si hay algo que corre a favor de una mujer embarazada es el día, la semana, el mes; y eso (esa inercia) es la juventud.

Así que Eva puso sus dos manos —recuerdo que fueron las dos, me invento que fueron las dos— sobre el vientre hinchado de Eugenia, e incluso se acuclilló un poco hasta tener los ojos a la altura de sus propias uñas, brillantes de laca roja, para tratar quizá de entender mejor lo que tocaba. Le dijimos que faltaba solo una semana para el día vaticinado, señalado por las médicas como el más probable, dato que revalorizaba la ocasión de imponer las manos sobre aquello, pronto a desaparecer. Puede ocurrir hoy mismo, manifestamos con orgullo; ahora, subrayamos, como si trajéramos a la fiesta otra fiesta: la de la gran anécdota que podrían contar cuando terminara. Se puso de parto una; vi-

mos las aguas, esas aguas, la rotura de las aguas; parió allí mismo, en medio del salón de un piso muy caro en la plaza de Comendadoras.

También le sugerimos que siguiera con las manos sobre el vientre, un rato largo, porque la niña llevaba meses moviéndose, dando patadas, asomando un codo, y queríamos que la notara vivir. Pero la niña estaba dormida, quieta en todo caso. Y qué miedo nos daba que estuviera demasiado tiempo quieta.

¿Qué sentiría Eva durante todo el tiempo en que sus manos tocaron la barriga? ¿Una llamada o cierto rechazo? ¿Conformidad? ¿El alivio de no ser ella la mujer de la fiesta a la que todos los hombres van a descartar de un solo vistazo?

Eva no dijo nada después de tocar la barriga, se guardó para sí sus impresiones y hasta el motivo de su petición. No hubo más mujeres que quisieran hacer lo mismo o que, viéndola a ella, sintieran curiosidad por lo que deparaba esa imposición de manos. Supongo que daba mucho morbo y mucho miedo, incluso cierta atracción más o menos incomprensible. Para cualquier mujer sin hijos, y con posibilidades aún de tenerlos, tocar en otra mujer lo que ella misma podría en algún momento alojar y ser debía de resultar casi evangélico, una anticipación corporal abrumadora, quién sabe si culposa.

En los hombres, en aquellos al menos que no parecían tener hijos (porque en las fiestas los hombres nunca parecen tener hijos), veía yo enseguida una única impresión frente a la embarazada: escrúpulo. Quizá era mi propia impresión del pasado frente a las embarazadas, proyectada en los demás varones ahora que yo había cruzado la línea. Cuando eres más o menos joven y no tienes hijos, nada te queda tan lejos como una embarazada, y hasta hay para ti un punto de obscenidad en ellas, de obscenidad en tu contra. En esos corrillos de hombres que, en definitiva, viven tiempos desatados y competitivos, salaces, de risas y

lujurias, de miradas y masturbación, se piensa en secreto algo muy crudo al ver una barriga: «De modo que alguien se le ha corrido dentro». Y también: «Esa ha follado sin condón». Y sin duda: «Ha follado». Es como si la embarazada no se callara las cosas que hacen de la noche una promesa deliciosa. Sin embargo, lo cierto era que algo de orgullo repuntaba en mí cuando caía en la cuenta de que los demás hombres me identificaban como aquel que ha embarazado a una chica. De pronto, y por una vez, yo había hecho algo que ellos ignoraban, y lo seguía haciendo. «¿Cómo es acostarse con una embarazada?», llegó a preguntarme un amigo.

Los hombres de la fiesta iban dándose cuenta de que había una embarazada en la casa, y yo registraba esos reconocimientos sucesivos a mi favor, casi como si yo hubiera perdido la virginidad y ellos no; casi como si me tuvieran que preguntar cómo se hacían los niños. Luego seguían hablando con sus amigos, con las mujeres que iban conociendo, y cuando su mirada volvía a reparar en la embarazada, enseguida daban un trago a su vaso, para alejarse en alcohol de esa anomalía en la fiesta, de ese porvenir excesivo. Yo creo de hecho que los hombres sin hijos no piensan que haya nada dentro del vientre de una mujer encinta, ninguna maquinaria, como si se tratara solo de una hinchazón descomunal de la que nueve meses más tarde y sin mayores explicaciones sale un bebé. Cuando no se ha vivido muy de cerca un embarazo, aquello es solo un bulto que echa a perder a las mujeres, que las vuelve minusválidas o tullidas, parafilias bizarras al margen. Hay algo incorrecto en la embarazada a juicio de todos estos hombres, por mucho que carguen diariamente con el ansia de querer acostarse con casi todas las mujeres. Con la embarazada aflora una verdad sencilla, casi maquiavélica. La fiesta del follar se revela de pronto condenatoria, fatal, y la mujer encinta es percibida como portadora de una tarea nueva, es decir, de un engorro. Folló de más. Pasó cierta frontera. Se situó al

margen. Su barriga no puede ocultarse, y hay miles de barrigas moviéndose a todas horas por la ciudad desprestigiando la pornografía, desprestigiando las orgías, desprestigiando hasta la masturbación. La barriga proclama algo, es explícita, es importante, está señalando la vía muerta de nuestras noches de lujuria, comprar una cuna, comprar biberones, cambiar mil veces un pañal. Los hombres de fiesta se niegan a seguir esa línea lógica que va de acostarse con una mujer a cambiar mil veces un pañal.

No recuerdo a Eugenia hablando con ningún hombre aquella noche. También es verdad que no suelo recordar muchas cosas.

Sí me viene a la cabeza uno con el que yo hablé junto a la ventana, mientras fumaba. Antonio, se llamaba. Él tenía ya tres hijos, o hijas; quizá solo dos. Me dio la enhorabuena porque ese era mi papel social dentro del embarazo, recibir la enhorabuena. Antonio debía saberlo. El hombre que embaraza, el futuro padre, no tiene tarea durante el embarazo. A pesar de la implicación directa, no hay nada que pueda hacer, nada verdaderamente crucial. Su cuerpo no cambia, sus rutinas son las mismas que antes de ir a ser padre, y, por ello, vive el embarazo como un rumor de la vida. Le han dicho que va a ser padre. La vida le ha dicho que va a ser padre. La madre ya es madre estando embarazada, incluso si luego pierde al niño, porque hay un mecanismo en marcha, una novedad diaria dentro de sí misma, y por eso todos los preparativos son siempre más acuciantes para la mujer que para el hombre, que no acaba de creerse lo que está pasando, y ve esas cunas, biberones y pañales todavía muy lejos.

Así, yo podía recibir la enhorabuena y hablar de política, de las elecciones generales de hace dos meses y de las elecciones generales que a lo mejor había que volver a realizar. De la política volvimos a los hijos, a una hija que tenía Antonio, muy de izquierdas (ella y él, no así la madre, de la que estaba divorciado; recuerdo), y me contó que esa hija

vivía en un piso muy pequeño sin electricidad, porque «no quería pagar a las eléctricas». Era curioso verme de pronto interesado en las hijas de los demás, en cualquier cosa que se dijera sobre la relación entre padres e hijos. Quizá por eso se me ocurrió una pregunta, justo allí, mientras fumaba, asomado a la plaza de Comendadoras, enfrente de un antiguo convento; una pregunta que estoy seguro de que nunca se me habría planteado de no estar a las puertas de la paternidad, imbuido poco a poco de la tarea de ser un buen padre. Y la solté: «¿No habrá alguna responsabilidad en los padres de izquierdas sobre el hecho de que tantos de sus hijos acaben viviendo en la precariedad?». Antonio se quedó pensándolo unos segundos. «Algo hay —reconoció al cabo—, algo hay».

Recibir enhorabuenas fue todo lo que hice en aquella fiesta, aparte de beber vino y hablar de Podemos, el partido que podía gobernar mis primeros años como padre. Eugenia, sin embargo, no quería hablar de política, o no demasiado. Desde que se quedó embarazada decidió ignorar los vaivenes sociales, los periódicos, los debates en televisión, como si todo el trajín de la actualidad pudiera afectar a la gestación del feto, hasta ese punto era consciente de que iba a ser madre, de la responsabilidad de ir a ser madre. No quería actualidad, en definitiva; no quería darles oportunidad alguna a la desazón, al cabreo, a la ansiedad o a la decepción que supone la actualidad por lo que pudiera afectar al embarazo. Había votado, y votaría si hubiera nuevas elecciones; pero, piel adentro, toda política se resumía en una dictadura celular.

Enhorabuena, me dijo alguien más, que acababa de llegar y de felicitar a Eugenia. Uno podría pensar que habíamos ido a aquella fiesta a que nos felicitaran, pero las felicitaciones eran lo último que queríamos oír, pues nos apartaban —paradójicamente— de la fiesta. Había una fiesta y luego dos personas a las que se felicitaba por algo que no guardaba relación alguna con la fiesta, como polizones

bienvenidos o niños que se irán pronto a dormir. Para los otros, la noche acababa de empezar, prometía, y debían lograr esa diversión que se estaba sorteando entre copas, palabras y cigarrillos, y para cuya consecución se disponía de toda la madrugada.

Justo cuando la fiesta estaba cuajando, cuando cada invitado veía asomar su particular promesa de felicidad —en alguien que acababan de presentarle, en una bolsita de plástico, en una conversación en la que brillaba inopinadamente—, nosotros entendimos que debíamos irnos. No había una hora fijada de antemano, ni necesidad de que uno de los dos avisara al otro: bastaba con que el ambiente se volviera ruidoso, desaforado, con que tomara velocidad. Ambos sentimos simultáneamente que ya estaba bien.

Nuestra última conversación fue con Ana. También era escritora. Tenía tres hijos. Una vez nos había invitado a cenar a su casa, en la calle Barquillo, y sus hijos nos habían parecido perfectos. Uno siempre se imagina a las madres como mujeres orondas y pechugonas, con blusas de lunares y faldas con mucho bolsillo, dando de comer a todo el mundo. Sin embargo, Ana tenía una apariencia andrógina, un poco desgastada: pequeña y delgada, pelo canoso, ropas de colores apagados. No parecía más madre que una de las monjas del convento de enfrente.

Nos habló de su hijo muerto, allí mismo, en medio de una fiesta un viernes por la noche. Sin duda el embarazo de Eugenia, la espera en la que todos nos veían vivir, los nervios y el peligro que proyectábamos llevaron a Ana a acordarse de su desgracia inaugural.

Fue en su primer embarazo, según nos contó. «Estaba más o menos como tú», tuvo a bien indicar, y señaló la barriga de Eugenia. «Un día no noté al bebé, así que fui al hospital». Allí le confirmaron que había muerto, aunque ella, de alguna manera, ya sabía que había muerto. Eugenia y yo escuchábamos su historia con suma atención y piedad y hasta interés narrativo, como si eso no pudiera pasarnos a